

XXXV

Fluctuando entre risueñas ilusiones y angustiosos recelos, iba D. Santiago por el camino real que bordeando la derecha margen del Ebro, enlaza la metrópoli de Aragón con la Ribera de Navarra y con la feraz Rioja. En la *Venta de Pepe*, á dos leguas de Alagón, donde la partida hizo alto para el necesario repuesto de piensos y comidas, la locuacidad del señor Coronel revelaba una grande expansión de su espíritu. Entre las peregrinas cosas que dijo á su compañero de caballería, la siguiente fué del orden más utilitario: «A tí y á mí se nos ha olvidado un detallito muy importante. Muy lejos ya de las austeridades de Papiol, paréceme que eso del voto de pobreza no reza conmigo. Digo lo, mi querido Fernando, porque ya no tengo idea de lo que es un duro, ni un real, ni un maravedí. Creo que debes completar tu obra de regeneración prestándome algún dinero, para que yo no vaya por estos caminos como un pelagatos de mucha facha y poca enjundia. Ten entendido que no pasaré más allá de Logroño sin hacerme toda la ropa de paisano que re-

quiere mi posición social. Los trapitos de Papiol los dimos á un pobre; pero ahora resulto yo más pobre que San Francisco, y de nada me vale tener en Samaniego un lucido acopio de mis rentas. Yo lo destinaba, puedes suponerlo, al fomento de la *Instrucción Cristiana*; pero... están verdes. Lo dividiré en dos partes: una para mí, otra para la Virgen del Pilar... Con que, ten entrañas caritativas, hombre, y compadécete de este humillado caballero.»

Soltando la risa, reconoció Calpena su descuido en materia tan importante, y le dijo que no necesitaba pedir dinero, sino tomarlo del bolsón de Sabas, que era el intendente y cajero de la partida. Todos los bienes de ésta eran comunes, comunes los peligros y venturas, y si el *parné* se les acababa, practicarían el latrocinio, como galanes bandoleros. Viéndose con tan amplias licencias, poco tardó Santiago en hacer abundante provisión de metálico: cambió en la primera parada onzas en duros y éstos en plata menuda y cuartos, y era una mano rota para dar limosnas á cuantos pobres le salían en el camino. Venían en enjambres, en cuadrillas, en invasoras tribus. En Luceni y Gallur, en Pedrola y Mallen, fué grande el remedio de necesidades, y el socorro de gandules pediguños. A cuantos clérigos veía, daba Ibero ra-

ción de plata para los feligreses pobres de sus parroquias, ó para monjas que padeciesen hambre y escaseces, y más habría repartido, á no andar Sabas tras él echando recortes á su espléndida caridad... Por cierto que al paso por Tudela, Alfaro y Aldea Nueva, notó Santiago que no parecía por ninguna parte la *mesnada de los Tacaños de Cintruénigo*, que, según lo dicho por D. Fernando, les acechaba en aquellas encrucijadas para embestir con la bandera de Cristina al valiente escuadrón *ayacucho*. Las risas de Calpena confirmaron á Santiago en lo que ya sospechaba, esto es, que lo de los *Tacaños* era uno de tantos artificios ingeniosos para llevarle el genio y conducir más fácilmente su espíritu á la regeneración deseada. Insistió Ibero en que su amigo aclarara por completo sus planes, poniendo el asunto en los términos de la más severa verdad; mas no quiso el jefe de la partida *correr todo el velo* de golpe, y poquito á poco lo hacía, llegando al total descubrimiento en Logroño, donde se determinó que el descanso no sería muy breve.

Alojados en el mismo posadón donde estuvo D. Fernando en los días de sus visitas á Espartero, aprovechaban el tiempo en abastecerse de todo, entre sastres, zapateros y costureras de ropa blansa. La segunda noche que allí pasa-

ron, no pudiendo ya el *ángel negro* contener sus ansias de poseer la verdad, pidió á su amigo el favor de la franqueza. «Por nuestras últimas conversaciones en Alfaro y en Calahorra, he comprendido que desde que me cogiste en Molíns de Rey has venido usando diferentes caretas que traías para este viaje. En Lérida y Zaragoza arrojaste las que más disfrazaban tu rostro; pero todavía te pones alguna que, aunque de las más claras, quisiera ver desechada también. Ya con tu compañía de tal modo se me va despejando el caletre, que las cosas que me presentaste como verdades se me antojan grandes desatinos. Déjate, pues, de ficciones, y tenme al corriente de todo, sea lo que fuere. He dado en creer que la noticia del arrebató místico de Gracia y de su monjío es un embuste más, y que aquella divina mujer, agraviada por mí en un momento de ofuscación, es tan santa como yo y como mi abuela. A Gracia no la ha tirado nunca la Iglesia. Si he de decirte la verdad, cuando me contabas lo de su extremada perfección yo no acababa de creerlo, y *para entre mí, muy para entre mí*, decía: «ésta no cuela, Fernandito...» ¿Me equivoco?

—¿Qué has de equivocarte, si estás hablando como la misma razón?—replicó Calpena.—Ni Gracia es santa, ni beata, ni nada de eso, sino

una mujercita excelente, delicada, enfermiza, tierna, piadosa de amor, sin más debilidad que quererte como una simple, ni otro deseo que ver entrar por la puerta de su casa al bruto de Santiago Ibero para decirle...

—¿Qué?... ¡Aclárate pronto, por los benditos ajos de Corella!

—Que todo aquel agravio no es más que una broma, que el perdonar es la mayor gloria del corazón de la mujer, y que si tú eres caballero, ella será tu señora, y os casaréis como unos benditos tontos...»

Acometido Santiago de una emoción que empezó manifestándose con los tonos más vivos de su altivez, se cuadró delante de su tirano libertador, y le dijo: «Mira, Fernando, que si me engañas de nuevo, no tienes perdón de Dios... No puedo, no, resignarme más tiempo á que juegues conmigo, primero con mi voluntad, después con mi corazón... Pero no: tú no puedes ser un farsante... Dime toda la verdad: entre Demetria y tú os traéis alguna gran intriga contra mí, digo, contra mí no, sino en provecho mío y de toda la familia... ¿Acierto?

—Te mostraré todas las cartas de Demetria —dijo D. Fernando sacándolas de la maleta en que su tesoro guardaba:—lee y entérate... Verás los móviles de toda esta comedia que he tenido

que representar para hacerte nuestro y restablecerte en tu primera condición; verás también el tristísimo estado de salud, de mortal desconsuelo, á que ha venido la pobre Gracia por tu culpa, y la obligación que te impuso Dios de devolverle la salud y la vida... Toma, hijo... ahí lo tienes todo: ya para tí no hay secretos. Te dejo, para que á tus anchas leas, sientas y medites.»

Salió Calpena, dejando en sus manos el papelorio, y se fué á ultimar la compra de diferentes prendas de vestir para los dos caballeros, y principalmente para Santiago. Al regresar á la posada, encontró á éste abrumado en un sillón ante la mesa, la cabeza en ambas manos sostenida. Las cartas estaban en dos montoncitos, uno de los cuales parecía intacto. «¿Has leído?» —preguntó el Coronel.

—Todo no—replicó éste, encarando hacia el amigo su demudada faz;—pero sí lo bastante para conocer lo que ignoraba... También te digo que no es muy nuevo para mí lo que dicen las cartas; yo lo sospechaba... En Papiol, más de cuatro noches soñé todo esto.

—Y leído el protocolo, ¿qué piensas, qué sientes?

—Que Gracia es señora tan alta, tan hermosa por su constancia y su perdón, que ahora

me entra á mí el furor de ser digno de tal dama. De tu Demetria no puedo decirte sino que mujer no me parece. Te casas con el Padre Eterno.

—Motivos tienes para estar contento, y te veo triste.

—Triste de puro alegre, y medroso de tanto bien. Ahora doy en pensar que llegaremos tarde... ó que estoy soñando, que la felicidad á que me llevas es mucha, mucha felicidad para que sea cierta... No pueden trocarse tan fácilmente y por arte mágico los males en bienes... Dime tú: ¿no podríamos seguir nuestro viaje con el vuelo de las águilas? Salgamos ahora mismo; no perdamos una hora, ni un minuto... ¿Llegaremos tú y yo á La Guardia? ¿No se abrirá la tierra en el camino y nos tragará? ¿Veremos, tú á Demetria, yo á Gracia, los dos á las dos... vivas, gozosas de vernos, más gozosas aún de ser nuestras mujeres?»

XXXVI

Antes de salir de Logroño, fué asaltado Don Fernando de ideas tétricas. Recapitulando en su memoria los incidentes de la captura de

Ibero y el largo viaje, se decía: «Este *séptimo trabajo* que mi mujer me impuso, ha resultado tan fácil, que debemos dudar de su desenlace lisonjero. No he tenido que afrontar peligros, ni que dar batallas, ni que vencer obstáculos serios de la Naturaleza y de los hombres. Si después de tantas felicidades, llegáramos al fin del *trabajo* viendo realizado todo lo que apetecíamos, se alteraría el orden natural de las cosas humanas. Me apoderé de Santiago con la más tonta y rudimentaria de las maniobras; nadie me persiguió; ningún impedimento me ocasionó molestias; fácilmente también, ví al pobre enfermo del alma renacer á la vida y á la razón, declarándome sus errores y disponiéndose á enmendarlos. En fin, que el hombre fué mío, y pude modelarlo entre mis dedos y hacer de él lo que á los planes de Demetria y míos conviene. La protección del Cielo ha sido bien manifiesta desde que emprendí el *trabajo* hasta la presente hora. En lo que falta, es forzoso que algo adverso sobrevenga, pues no hay ejemplo de que las empresas humanas sean en su totalidad tan á gusto del que las acomete. En ésta mi aventura, que no merece tal nombre, todo ha sido caminos llanos, todo claridad, y tienen que venir veredas tortuosas y sombras tristes... Es inevitable, de todo punto ine-

vitable, pues así está escrito en los libros del Destino, y la religión también nos lo enseña... Me causa miedo el cúmulo de chiripas que han marcado uno tras otro los días de mi expedición. A remachar tanta ventura, vienen las cartas aquí recibidas: informada Gracia de que su hombre ha resurgido y es el mismo de los buenos días de sus amores, de que le llevo conmigo y vamos tan contentos á casarnos, cada uno con la suya, se ha curado de todos sus males, y no tiene ya más enfermedad que la manía de contar las horas que faltan para nuestra llegada... No, no; tanta dicha es imposible. Vería yo más lógica en el destino de los cuatro, si al aproximarnos á Samaniego (á donde Demetria nos manda ir), supiéramos que Gracia había caído con calenturas, ó que había ocurrido un incendio en la casa de La Guardia... salvándose todos, por supuesto. También sería lógico que mi cautivo, próximo al fin de nuestras ansias, se cayera del caballo y se descalabrara... Con estos contrapesos de las facilidades y dulzuras del viaje, podría yo esperar un éxito dudoso, agrídulce; con tantas venturas y todo tan ordenadito, no puedo creer sino que algún golpe nos espera, y alguna desazón muy gorda nos prepara la Providencia, el Acaso, Dios, en fin; pues si no, habría que suponer

alteradas, en provecho nuestro, las leyes de la vida, que ordenan la contraposición y enclavado de males y bienes. Tiene que ocurrir algo malo: lo que será no lo sé. Tal vez que al vadear el Ebro nos ahoguemos Santiago y yo... que á Gracia la muerda un perro rabioso... ó que... vamos, que Demetria se dé un pinchazo en un ojo con las agujas de hacer media, y se me quede tuerta... ó que á mí me salga un grano en la nariz que me ponga como un adhesio...»

Semejantes eran en pesimismo y sombrío recelo los pensamientos de Santiago, á quien la contemplación de tantas dichas inspiraba la angustiosa sospecha de terribles desastres. En la posada de Fuenmayor dormían los dos, en sendos camastros, distantes uno de otro como dos varas, cuando despertó Ibero con fuertes voces: «Fernando, Fernando, ¿duermes? Despierta, y dime si lo que veo es realidad ó sueño... Me muero de congoja... Escucha: he soñado lo más horrible, lo más espantoso que puedes figurarte. ¡Se ha muerto Demetria!

—¿Cuándo?... ¿de qué muerte?—dijo Calpeña saltando en el lecho y poniéndose de rodillas.

—Esta noche... de muerte repentina... un ataque al corazón... lo mismo, Fernando, lo

mismo de que murió su mamá... lo he visto, lo he visto... No es la primera vez que un sueño me ha revelado sucesos reales... tristísimos, ¡ay!

—Pues yo—dijo el otro con voz cavernosa, —cuando me despertaste con tus gritos, soñaba que se había muerto Gracia.

—¡Las dos muertas! Eso no puede ser; sería demasiado... ¡Pero quién sabe...! Quizás la una muriese del dolor de ver espirar á la otra... Es lógico.

—Serenémonos—dijo Calpena.—Cierto que podrá ser. ¿Sabes lo que se me ocurre?

—Lo que á mí: levantarnos, pasar el Ebro. Al amanecer estaremos en La Guardia.

—Eso no: Demetria y Gracia nos mandan ir á Samaniego.

—¡Pero si se han muerto...!

—En este caso, si Dios ha llamado á sí á nuestras mujeres, vamos al Ebro, no para pasarlo, sino para ahogarnos en él... Lo que se me ha ocurrido es mandar un propio...

—Sí, que vaya un propio... Me levantaré: no puedo dormir. Que salga Sabas inmediatamente. Imposible vivir en esta inquietud. Queremos saber si viven y están buenas.

—Irás Urrea. A Sabas le necesitamos al lado nuestro. Si he de decirte la verdad, buen San-

tiago, aunque estoy persuadido de que no llegaremos al término de nuestro viaje sin que nos ocurra una desgracia, no pienso que ésta sea tan grande como el fallecimiento repentino de nuestras esposas.

—Dios te oiga. Y dime: en tu sueño, ¿de qué muerte moría mi adorada Gracia?

—De la mordedura de un perro rabioso.

—¡Por los ajos de Corella!—exclamó Ibero, sentado ya en el camastro, dándose un puñetazo en la rodilla.—Eso mismo pensaba yo ayer tarde, y á todo perro que veía le arreaba un fuerte latigazo... Pues tú dirás lo que quieras, pero yo no estoy tranquilo.

—Ea, tengamos juicio: el mal que ha de venir... porque eso sí, tiene que venir... no puede ser tan extraordinario... Y puesto que el dormir es imposible, y no hay descanso para nosotros, salgamos á pasearnos por el pueblo en la deliciosa obscuridad... Pero no, ¡demonio! hace un frío horroroso, y no tendría maldita gracia que cogiéramos una pulmonía.

—Lo que yo haré será aguardar un poco, y al toque de alba me salgo, me meto en la iglesia mayor... Algo tengo que hacer allí. Miremos al cielo, Fernando, en esta ocasión crítica. Si los sueños que hemos tenido no son verdad, puedan serlo, ó tal vez se nos preparen sor-

presas menos terroríficas... Déjame á mí. Seamos buenos cristianos.»

Bajó Fernando á poner en planta á su gente, y antes de que apuntara el día dirigióse Santiago á la parroquia, palpando paredes, que no era posible de otro modo recorrer las empinadas, tenebrosas y retorcidas calles de Fuenmayor, hasta dar con la plaza. Sin su conocimiento de la topografía del pueblo, fácil habría sido que á la mitad del camino quedara el Coronel perniquebrado y maltrecho; y fué lo peor que llegando por fin al término de su atrevido viaje, encontrara cerrada la puerta de la iglesia. Requiriendo su capote, arrimóse al muro y esperó; á poco llegaron dos beatas pobres, de las que acuden á la primera misa, y se maravillaron de verle, y aun se persignaron creyendo que era el diablo en traje de cristiano militar. Dióles él limosna, que tomaron agradecidas, y en esto sintió voces que desde lo profundo de un callejón frontero le llamaban. Claramente oyó: «Santiago, Santiago, ¿dónde demonios estás?» Gran susto le causaron aquellas voces; mas luego conoció que era Calpena quien las daba, y viéndole aparecer en compañía de Urrea, avanzó á su encuentro.

«¿Qué haces aquí?—le dijo su amigo.—Déjate ahora de rezos; no importunes á las po-

tencias celestiales, que sin duda están descuidadas... y por ese descuido nos van saliendo tan bien nuestros asuntos... No lo dudes: la máquina del bien y del mal anda descompuesta. Vente conmigo.

—¿Partimos ya? ¿No podré entrar un rato en la iglesia, oír una misa?

—Tiempo tenemos de oír misas... Ahora no, hijo; no pidamos nada... Me da el corazón que ni Dios ni la Virgen del Pilar se han fijado en nosotros... Podría ser que nuestras peticiones despertaran á ésta ó la otra potencia celestial que duerme, y que alguien de allá arriba cayera en la cuenta de que, trastornado el mecanismo de los acontecimientos felices y desgraciados, tu y yo nos aprovechamos de ese trastorno para robar la felicidad eterna... No pidamos... pueden oírnos... notar el desconcierto, repararlo á escape... y en este caso, figúrate la catástrofe que nos espera.

—¡Ay, ay, querido Fernando! estás más loco que yo, que es cuanto hay que decir.

—Más loco que tú... Yo digo que estamos á la puerta del Paraíso, en un momento en que por descuido la han dejado abierta, y que debemos colarnos callandito, muy callandito, sin llamar, sin hacer el menor ruido... chist...»

XXXVII

Trastornado, en efecto, parecía el buen *Hércules*. Su voz no era clara ni segura, ni sus ideas las de un hombre en perfecto equilibrio cerebral. «Vente conmigo—dijo á su compañero cogiéndole por el brazo,—y sabrás lo que pasa. Sigue la broma del Destino, chico, y con tal furor desata los bienes sobre nosotros, que debemos apresurarnos á llegar al fin, antes que venga el estacazo. Démonos prisa... y nada de rezos por ahora. Tiempo habrá... Pues oye: acababas de salir para echarte á rodar en busca de la iglesia, cuando llegó á la posada un propio, mandado por nuestras damas...

—¡Jesús!... ¿Y no se han muerto?

—¡Qué se han de morir, si están las dos buenísimas, como dos manzanas, como dos soles, y hoy de mañanita salen para Samaniego, donde nos esperan!

—Fernando, Fernando, más loco que yo, no me traigas esos cuentos, que me vuelve otra vez el terrible espanto, el miedo al Destino. Imposible que de aquí á nuestro encuentro con las niñas deje de ocurrirnos algún accidente muy malo, pero muy malo.»

Llegaron á la posada, donde ya la marcha se disponía, y allí pudo Santiago escuchar de los labios del mensajero las felices nuevas. «¿Estás seguro de que gozan las señoritas de cabal salud?—dijo al mozo con acento de incredulidad.—¿Alguna de las dos no se quejaba siquiera de dolor de cabeza, ó de fatiga en la respiración? Porque con estos frios andan unos resfriados terribles, que suelen parar en calenturas malignas.»

Desmintiendo el pesimismo de Ibero, los motivos de satisfacción se multiplicaban. El propio, juntamente con el recado verbal, había traído una carta de Demetria, que D. Fernando dió á su amigo para que la leyese. Sólo decía que la salud de toda la familia era excelente; que Gracia deliraba de puro contenta, y que las dos saldrían temprano para Samaniego. Concluía recomendando á los expedicionarios que por acelerar su viaje no vadearan el Ebro por Tronconegro, sino que se subieran á Briónes y pasaran el puente, yendo en derechura de Ávalos. Este camino era el más seguro en tan rigurosa estación. Las últimas frases eran un tanto escamonas, como un eco de los presentimientos fatídicos de los dos andantes *ayacuchos*. Decía la dama: «Tanta felicidad me llena de inquietud, y la disposición venturosa de los

sucesos, sin ningún percance, sin ninguna sombra, me hace temblar... ¿Nos permitirá Dios que veamos llegar sanos y salvos á nuestros caballeros? Y á nosotras, ¿no se nos caerá el cielo encima antes de verles?... No perdáis tiempo, amiguitos... Tened mucho cuidado. Veníos por Briones. Confío en Dios.»

No fué para Ibero muy tranquilizadora la esquela de la mayorazga, y aunque de pronto no dió á conocer sus nuevas inquietudes, cuando iban de camino hacia Cenicero, ya en pleno día, extremó los reparos y cavilaciones: «Hablando ingenuamente, después de la cartita veo menos claro que antes. ¿Por qué no trazó Gracia algunas líneas al pie de la escritura de su hermana? Francamente, el silencio de mi novia no tiene explicación. Doy en pensar que no ha concluído la farsa, que me traes aquí con un objeto que ignoro, que... vamos, lo diré tal como se me ocurre... Pienso que Gracia no existe, que Gracia es un mito.»

Soltó la risa D. Fernando, y por sosegar al fatalista díjole que aliviado se sentía de aquel delirio de los presentimientos; que en el orden natural del cielo y de la tierra está la repetición y constancia de los bienes, como lo está la suerte contraria en casos mil; que así como es frecuente ver que sobre tal ó cual

hombre caen las desdichas con aterrador encadenamiento, del mismo modo acaece que llueven felicidades, sin que se vea el término de ellas. Negó con energía D. Santiago el segundo punto, y con ejemplos reforzó sus negaciones. Esperaba con cristiana conformidad los infortunios que Dios le mandara, y se condolía de que su amigo le hubiera tan intempestivamente arrancado de la puerta de la iglesia, impidiéndole rezar un poquito, que buena falta había para dulcificar las iras celestiales. A esto replicó el buen *Hércules* que se reconocía culpable de la necedad de no dejarle entrar en la iglesia, y la explicaba por el temor de irritar á Dios pidiéndole gollerías. Fué como un pánico irresistible... Pero pronto se le despejó la cabeza, y ya se reía de los disparates que había pensado y dicho aquella mañana. No obstante su equilibrio, seguía lleno de ansiedad, y no respiraría mientras no viese claro y feliz el desenlace en los campos de Samaniego.

«Pues hay otra cosa, Fernando—dijo Ibero,—que á mí me trae con el alma en un hilo. No quería hablar de esto; pero mejor es que lo sepas. Nos manda la señora que no vayamos por el vado de Tronconegro, sino por el puente de Briones. Malo debe de estar el vado, es cierto, porque con las nieves últimas vendrá el

señor Ebro con las narices hinchadas. ¿Pero tú no sabes que el puente de Briones amenaza ruína, y que el invierno pasado le echaron tapas y medias suelas en uno de los estribos, con lo que se quebrantó más, y ahora todos los que lo pasan van con el Credo en la boca? Mira tú: tendría gracia que estuviese decretado por Dios el hundimiento del puente en el instante preciso de pasar nosotros... ¡Por los ajos de Corella, no me digas que es imposible!

—Hombre, imposible, como imposible, no. ¿Pero tan desgraciados habíamos de ser que...?

—Es lógico, querido Fernando, es lógico que tantas dichas no sean eternas. ¿Quién te dice que no se nos prepara un tremendo desquite del aluvión de felicidades que disfrutamos sin merecerlas? Yo no aseguro que se caiga el puente... Digo tan sólo que el hundimiento sería natural y muy puesto en razón... Y otra cosa vengo pensando. Veo yo una idea sublime y espantosa en esa casualidad, digo, providencia, de que sea Demetria el instrumento designado por Dios para darnos el tremendo jicarazo, pues ella es quien nos lleva por arriba, que yo, francamente, guiándome de mis impulsos naturales, al paso por Briones preferiría el vado de Tronconegro con todos sus peligros...

—Cállate, cállate, por Dios—dijo Calpena palideciendo,—que ya me contagias otra vez de tu pesimismo. Venzamos, querido Santiago, estas manías, que no son más que una flaqueza de nuestros cerebros fatigados. No pensemos en desgracias ni horrores, y adelante, confiados en Dios y en nuestras damas, que con sus divinos alientos nos hacen invulnerables.»

Ni con estas envalentonadas expresiones, dichas con el doble objeto de animarse á sí propio y de animar al amigo, se tranquilizó Santiago. Por todo el camino hasta Briones fué taciturno y suspirante, viendo la reproducción de su lúgubre fatalismo en objetos diferentes que á su paso encontraba. Un árbol escueto se le representó como diablo burlón que, después de reirse de él cuando pasaba, le seguía buen trecho amenazándole con una vejiga; un gato acurrucado en el alfeizar de una ventana con rejas, tenía la mismísima cara del Rector de Papiol; un esquinazo de vieja casa en ruínas, con podridos aleros y ahumado escudo, era un monstruo que le amenazaba echando fuego de sus ojos. La bandada de palomas que del terrible esquinazo levantó el vuelo al paso de la partida, describió extrañas curvas, en las cuales vió el Coronel letreros que decían cosas muy malas. En tanto D. Fernando, sin quitar

los ojos de un negro celaje que aparecía por el Norte, decía: «Es lo que nos faltaba: una nube, el diluvio, un fuerte golpe de nieve que nos detenga, una crecida repentina que arrastre el puente, ó una descarga de rayos y centellas que nos abraze á nosotros ó á nuestras benditas mujeres. Estamos divertidos, como hay Dios.»

Comieron ó hicieron por comer en Briones, que ninguno de los dos tenía gana, y se lanzaron al paso del puente. Los vecinos aseguraban que no había cuidado, como no viniera una fuerte riada. Santiago se anticipó diciendo: «Si hemos de perecer, sea yo el primero que caiga, por haber dudado...» Y pasó, pasaron todos felicísimamente, y tras ellos y delante, mulos y personas pasaban también sin el menor recelo. Y como si la Naturaleza quisiera festejar la dichosa entrada de la caravana en el territorio alavés, fin y objeto de sus ansias amorosas, dispóse la nube que había infundido tanto miedo á D. Fernando, y un sol espléndido iluminó los campos y los lejanos montes. El paisaje soltaba una juguetona risa, y los dos caballeros respondieron á ella con expansión dulce de sus oprimidos corazones.

«Santiago, ya no temo nada, ya estamos en casa—dijo Calpena á su amigo;—y por más

que te devanes los sesos, no discurrirás una desgracia que en tan corto tiempo puede sucedernos.

—Todavía, todavía—murmuró *el ángel negro*, poniendo frenos al júbilo que en él se desbordaba.—Mientras más cerca estoy del fin, más trabajo me cuesta desechar la pícara idea de que Gracia es lo que llaman un mito.

—¡Tú sí que eres un mito!...—dijo Calpena rebosando de gozo:—el mito de la desconfianza. Adelante.»

Pronto distinguieron las primeras casas de Ávalos. Paró de pronto el buen *Hércules* su caballo, y señalando á un punto lejano, gritó: «Santiaguillo, ¿no distingues allí dos manchas ó dos cuerpos negros?

—¿Son ellas?

—No, que son ellos: dos reverendos curas.

—Ya, ya los veo... son mi tío y D. José Navarridas, que vienen á traernos alguna mala noticia.

—Ya se acercan, montados en sendas burras... ya nos han visto. Navarridas nos saluda; Baranda levanta en alto el paraguas cerrado, que abulta como una manga-cruz.»

XXXVIII

Dos minutos tardaron en estar al habla, en saludarse con exclamaciones de alegría loca, y en darse apretadísimos y palmeteantes abrazos. Según afirmaron los reverendos, á la media hora de andadura encontrarían á las niñas, que, paseando despacito, venían por la vega de Samaniego, y ya la impaciencia de los dos caballeros no pudo conceder á la cortesía más que breves segundos. «Dejen las borricas y méntanse en el coche—dijo Calpena á los curas,— que nosotros nos adelantamos al trote...»

Así lo hicieron. «Y ahora, ¿dudas?—fué lo único que D. Fernando dijo á su compañero.

—Hombre, espérate un poco. ¿Ves algo?

—Es pronto todavía. Como tenemos el sol enfrente, su resplandor nos encandila. ¿Ves tú algo?

—¿Qué he de ver, ajos de Corella, si me estoy quedando ciego?

—¿Has mirado fijo al sol?

—Sí... hombre... me pareció ver en el sol una cara que me decía que no desconfiara más...»

Paró Calpena, paró Santiago. El primero prorrumpió en gozosas exclamaciones... «Mira, mira, bruto, *ángel negro* maldito. ¿No ves allá dos puntos rojos? Son las sombrillas. Pica bastante el sol... ¿No ves como dos gotas encarnadas en medio del gris de las tierras y de los viñedos sin hojas?

—Espérate un poco... No veo, no veo. Con esta tontería de mirar al sol, no veo más que soles por todas partes: soles violados, soles verdes, soles amarillos... Corramos. ¡Hala... al galope!

—Allí están... ¿las ves ahora?... Nos han visto: nos saludan con sus pañuelos...

—Ahora sí, ahora sí las veo; pero las veo violadas, verdes; estoy encandilado de mirar al *mañero* sol... Sí: veo las sombrillas, los pañuelos... Fernando, grande amigo, no sé qué me pasa... Me caigo del caballo... Lleguemos hasta aquellos árboles, y allí nos apearemos.»

Dicho y hecho: las niñas avanzaban, agitando pañuelos y sombrillas.

«¿Dudas todavía?

—No dudo, no; pero siento un miedo horrible, una vergüenza que... Fernando, deja que me arrime á este arbolito...

—Bestia, no temas... Míralas qué guapas, míralas qué esbeltas, míralas qué gozosas, mí-

ralas llorando de emoción de ver á sus caballeros, la tuya por tí, la mía por mí... ¡Ánimo, Santiago, y á ellas!

—¡Oh! déjame, ya voy... Siento ganas de arrodillarme.

—Nunca. ¿Lo ves, ves cómo todo es buena suerte, cómo estamos aquí, y aquí están ellas? Observa que de los cuerpos y de las cabezas de las niñas de Castro sale un resplandor celestial.

—Sí, sí: lo veo. Son mitos, digo, ángeles, ángeles efectivos, que mañana serán nuestras mujeres...

—Observa mejor: la gran luz, el fuerte resplandor que nos ciega, sale de Demetria.

—Sí, sí; es el Padre Eterno. ¡Oh, qué alegría! Ya no temo nada. Soy más valiente que Dios, y el que lo ponga en duda le enseñaré quién es Santiago Ibero. ¡Fernando, á ellas, á nuestras divinas hembras, á nuestras esposas! Ya están aquí. Ellas lloran; nosotros no. Abracémoslas, cada uno á la suya... y fuerte, fuerte. Yo beso á la mía.

—Y yo á la mía.

En todo lo restante no hubo más que plácemes, alegrías y gratitudes al Señor por tantos y tan bien ganados bienes, y llegó el día del doble casamiento, que fué principio de una era

matrimonial gloriosa y fecunda. De esto se hablará en otra parte de estas historias, alternando con sucesos graves, como la caída del gran *Ayacucho*, y el cuento de unas bodas más afamadas y no tan venturosas.

FIN DE LOS AYACUCHOS

Madrid, Mayo-Junio de 1900.

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales oscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick*. *University Press*: Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes*: Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh*: Boston and London, Ginn and C^o, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridlev Bunnell*. *American Brook Company*: New-York, 1902.

El Abuelo: New-York.